

to de infringirlas. No hay proverbio más español que aquel de «hecha la ley, hecha la trampa». Encontramos mucho de poético y de grato en reinos de lo que nos ordenan. ¡Valiente tontería! ¿Por qué vamos a respetarla? ¡Pues hombre! ¡No faltaba más! Está mandado así, pero «para conmigo» eso no rige. Y lo presenciamos a cada paso. Y lo puede observar cualquiera. Yo he oído a un señorito, no a un hombre inculto, afirmar que era para él un goce, en el tranvía, bajarse por la plataforma contraria a la que está dispuesto. Para impedir que se fumase dentro de los tranvías hubo que sostener una lucha. Les sabía mejor el cigarro, por lo mismo que no les era lícito.

Estos son los *dilettantes* de la contravención; los enamorados del fruto prohibido. La mayoría no contraviene por el gusto de contravenir, sino porque no se ha dado cuenta de la necesidad de obedecer. Tal fué el caso del dependiente de la tienda saqueada por los apaches, en la calle del Clavel, en Madrid.

El chico, por lo que se deduce de los relatos periodísticos, tenía la consigna de no abrir la puerta ni al lucero del alba. Era lógico, porque un establecimiento donde se guardan joyas por valor de cientos de miles de pesetas, y el género está a la vista, y por decirlo así, al alcance de la mano, exige terrible vigilancia. Como en el cuento de *Capercucila roja*, no hay que abrir al lobo, por más que se disfrace. Se ha dicho que la puerta no se franquea. Pues a no franquearla.

No se cuenta con los hábitos de la raza, con la costumbre de interpretar las órdenes y al interpretarlas, corromperlas. Los ardidés del que quiere quebrantar la consigna pueden más que la obediencia del encargado. Los apaches, desde fuera, insisten, alegan conocimiento, presentan una tarjeta, ¡qué sé yo! Y entra la incertidumbre, las vacilaciones de una voluntad no educada en obedecer. Y la puerta se abre, y entran por ella el crimen, el puñal, el saco...

El pobre chico es la primera víctima. Estamos conformes. Eso, sin embargo, no le excusa. La fábula urdida por los apaches era, además, burda, y no se tenía de pie. Querían que les abriesen para telefonar; pero se telefonea desde cualquier parte. Lo que querían era entrar. Y no sería para rezar el rosario.

El yerro del dependiente no fué, por otra parte, nada extraño ni insólito. Al contrario. Como dejo dicho, es el caso más común. Lo raro, lo que siempre sorprende agradablemente, es que lo dispuesto se cumpla al pie de la letra. Las transgresiones son la regla general.

Tiene mucho de significativo el que los apaches se vengan de París a Madrid, buscando a su aliento empresas grandes. Quiere decir que, en París, ya les falta campo, o se lo han reducido de tal suerte, que nada pueden intentar. Nótese que en París no hay criminalidad, a la hora presente. No se lee de un atentado. Y es la guerra, la guerra cruel, la que ha saneado las costumbres.

Eran los apaches un fruto podrido, como el níspero, o por mejor decir, un fruto cuya madurez es la podredumbre. Nacieron como protesta y reacción contra el lujo excesivo y las costumbres sibaríticas y babilónicas. Ladrones y asesinos, los hay en todas partes; apaches, sólo los había en París. Cuando París sintió el serretazo del deber moral, los apaches se encontraron, por decirlo así, *depayés*. Aquella no era su urbe, tan propicia a la aventura y al merodeo. Una severidad, una gravedad de matrona, cambiaban la fisonomía cosmopolita y riente de Lutecia. La edad de oro del apachismo había pasado.

Y como el buhonero que cruza la frontera con su bagaje de bujerías, los apaches cargaron con el fracco de cloroformo y los estilites, y, sin olvidarse de las correspondientes madamas y madamiselas del honor agujereado, como decía mi difunto y gracioso amigo Narciso Campillo, se vinieron a un país neutral. Es siempre el patio de Monipodio, con rufianes y coimas, sino que siendo menor la *bonhomie*, es más trágico el sentido de estas asociaciones criminales. Trágico, y hasta con sus ribetes de moralizador. Ved lo que hace el hombre que no vive sino satisfaciendo sus apetitos, y no los fisiológicos solamente, que eso es su derecho, sino los de lujo y placer refinado. Y aun hay otra moraleja: ved en qué se convierte el desertor de la bandera de su patria. Uno de estos apaches desertó: acaso no temió el peligro: no quiso la vida de trinchera, las privaciones, el frío, los insectos sucios: prefirió clavarse una bala en la sien, al caer en manos de la policía.

La cual, justo es decirlo, esta vez ha cumplido bien su obligación. Al escándalo del asalto de la tienda, ha seguido sin tardanza el ejemplo de la captura de los delincuentes. Mejor hubiese sido vigilar; pero es indudable que los apaches acabarían por dar

el golpe, si no en ese establecimiento, en otro.

La lucha característica del período que atravesamos, es la de los malhechores y la policía. Cada vez parece más evidente que de esta batalla entre el mal y el bien, ha de salir una transformación de las costumbres. Los atentados a mano armada, que con tal feroz intrepidez iniciaron los llamados «bandidos trágicos» en plena capital de Francia, vendrán a ser casi imposibles. Y la sociedad se clasificará de un modo categórico: el ejército del crimen será conocido, y al ser conocido perfectamente, será dominado con eficacia, para que no pueda insistir en estos carteles de reto que lanza a la sociedad. Así como ha pasado el tiempo de los bandidos pintorescos y románticos, pasará el de los apaches. Se convencerán de que la profesión da poco de sí y envuelve muchos riesgos.

El caso de la calle del Clavel debe servir para poner en guardia a los que miran por nuestra tranquilidad. El veraneo va a dejar solas no pocas casas donde se guardan riquezas. Verdad que son riquezas artísticas, y aunque el arte sea siempre un valor, el mercado principal del arte está hoy destruido por la guerra. El famoso «inglés» que invariablemente venía a comprar todo cuadro bituminoso y todo mueble picado de polilla, está ahora ocupado en otras cosas, entre ellas ahorcar irlandeses. Sólo los yankis quedan aún en pie, para adquirir arte.

Y, además, los cuadros, tallas y tapices no se esconden en un calcetín ni en un saquillo, como las joyas de oro, plata, pedrería y perlas. Los apaches retroceden ante tal empresa, que les obliga a gastos de transporte y de difícil ocultación.

Ello es que el Sr. La Barrera habrá de andar barba sobre el hombro, y no descuidarse un punto con esos nuevos artistas que se nos han metido por las puertas. La gente de mal vivir madrileña aun tiene algo que aprender, y eso que le falte se lo enseñarán los compañeros franceses y yankis, pues de todo parece que hay en la gavilla de Renaud.

Así como así, las costumbres preparan ya, en Madrid, el advenimiento del apache. En el aire flota el apachismo. Carácter de apachismo tienen los tangos y *trots* de moda, las desnudeces de la elegancia, y hay su dosis de apachismo en la literatura, y lo gastado de la civilización se revela en estos pormenores, más tal vez que en los grandes hechos sociales y políticos. Fuera error suponer que el apachismo es un fenómeno aislado, algo como una verruga o superfetación, meramente epidémico. No; el apachismo responde a corrientes profundas, a degeneraciones íntimas, a fermentaciones morbosas, que afectan a todo el cuerpo. La literatura — como siempre — ha sufrido la presión de estas corrientes y las ha reflejado, y no sé si las ha exagerado o se ha quedado muy corta en expresarlas. Yo escribí, hará unos meses, cierta novelita que vió la luz en una de esas publicaciones hoy tan en boga, que se venden muy baratas por la calle, y el asunto era una hazaña de apaches, un apache y una apachesa, que pasaban la frontera para ejercer su oficio. Por cierto que hubo quien se escandalizó de tal novela, como si lo que en ella se refería fuese alguna invención de mi magín. Verdad que mucha gente tiene por oficio escandalizarse.

Mi novelita era una gota de agua en el océano de la literatura que el apachismo inspira. Sin embargo, donde triunfa el apachismo con más bríos, es en la película cinematográfica. Hay una estrecha unión entre el fenómeno social y su representación más o menos artística, en el cine. Ya sabemos los efectos que ha causado en jóvenes fantasías. Niños y adolescentes se han sentido apaches, y se han dado a suponer asociaciones terroríficas y manos que aprietan, y, a diferencia de Dios, al apretar, ahogan. Me apresuro a decir que mi novelilla no se parece a una película, ni hay en ella combinaciones espantosas, de esas que erizan el pelo. Si bien se mira, mi novelita, titulada *La aventura de Isidro*, es sencillamente la eterna historia del incauto, atraído por una daisa a las redes de un ladrón. El apachismo puede haber variado los procedimientos; el fondo es el mismo.

La última consecuencia de la historia de los apaches de Madrid se puede resumir en esta frase: si Dios y la policía no lo remedian, y la guerra se prolonga, vamos a ver toros y cañas con estos viajantes.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Nótese lo que es la actualidad. Alcanza hasta a Cervantes. Se creería que Cervantes o había de ser actual siempre, o no había de serlo nunca. No ha sucedido así. Por tres meses fueron actualísimos el buen hidalgo y el honrado escudero; y hasta Rocinante y el Rucio. Ahora, ya nadie se acuerda de ellos. Los han desterrado los apaches, que desde París vinieron a imponer la moda de cómo se puede robar según los últimos figurines y modelos.

Y bien, yo os digo que esos apaches, al parecer tan impuestos en las artes del robo, se han mostrado más bien torpes y lerdos, y que no faltará por ahí español neto y clásico que les pueda dar quince y raya.

Desde luego, el procedimiento de la puñalada o siquiera del estilete, creía yo que en estas disciplinas estaba mandado retirar. No hay cosa más delatadora que la sangre. Un bramantillo, una soga ligera y bien engrasada, se me figuraban que fuesen menos comprometidos y más pulcros sistemas. Y, si los apaches proceden así, a estas horas no lo cuenta el infeliz y mal aconsejado dependiente de la casa de empeños (gusto de llamar a las cosas por su nombre).

Mal aconsejado he escrito, y quiero insistir. He leído en un periódico que el amo felicitó al dependiente. Claro es que, cuando se ve a una persona malherida en la cama de un hospital, no se le pueden decir sino cosas cariñosas y confortadoras. No es el momento de increpar ni de reconvenir. Por lo demás, el dueño estaría en su derecho si exclamase: «Toda la culpa de este desavío la tienes tú. Te había ordenado que no abrieses a nadie la puerta. Los hechos demostraron lo discreto de mi orden.»

Una de las virtudes que habría que cultivar en el pueblo español, es la obediencia, la que los frailes llaman «santa». Y santa es, en efecto. Donde se obedece hay orden y seguridad social. El desobedecer implica desquiciamiento. Nótese bien: no existe obra humana colectiva que no sea fruto de obediencia. Las mismas muchedumbres anárquicas, revolucionarias, obedecen a su consigna. Estoy por decir que obedecen más que nadie, con mayor rigor y fe. Y cuanto se hace en tal sentido, no es sino cumplimiento de órdenes, obediencia.

La organización militar es, en este punto, un modelo, y cuanto más se aproximan a él los organismos civiles, más fuerte es su acción. Quidat esta suma virtud de obedecer, y veréis que la sociedad y hasta la antisociedad se desarticulan, como esqueletos a los cuales les suprimen alambres y goznes.

No debe ser privativa de lo militar la obediencia. Debe extenderse a todos los rincones y capas de la sociedad. También los apaches obedecen a un jefe. ¿Los apaches? De seguro, obedecen como cadáveres, según la fórmula de la Compañía de Jesús.

Ahí tenéis un ejemplo de lo que puede la «santa» obediencia. A no ser por ella, los jesuitas ya no existirían. Su defensa contra los infinitos enemigos que los atacaron y combatieron, fué ésa: la obediencia absoluta. Por eso se ha dicho que San Ignacio no fundó una Orden, sino una milicia. Y milicia, bien mirado, o como milicia al menos, debiera ser toda organización, grande o chica.

Cuanto se han fijado en lo que en España sucede, reconocen que aquí nadie hace sino lo que le place; que no se cumple jamás lo mandado. Las leyes se redactan, aprueban y promulgan, para que sean letra muerta o para que tenga la gente el gus-